

Las negociaciones que produjeron este edicto no habian sido aisladas; al contrario, eran continuacion de las que se habian entablado del campo del duque de Sessa, lo cual nos conduce á dar razon de lo que éste habia hecho por la parte de la Alpujarra.

Menos activo y diligente el duque de Sessa que don Juan de Austria habia tardado en salir de Granada cerca de dos meses (21 de febrero de 1570), y detenidose en el de Padúl mas de lo que conviniera á fin de enosar su ejército y reunir las mas provisiones que pudiese. Por su parte el nuevo rey de los moriscos Muley Abdallah Aben Abóo habia escrito al mufti de Constantinopla y al secretario del rey de Argel, representándoles la triste situacion en que se veian los desgraciados musulmanes de su reino, acometidos por dos fuertes ejércitos cristianos, y reclamaba de ellos con urgencia los auxilios que habian ofrecido á sus hermanos de España. La reclamacion de Aben Abóo, como las anteriores de Aben Humeya, no produjo sino buenas palabras asi del turco como del argelino (1). La guerra por la parte de la Alpujar-

(1) Algunas de estas cartas fueron á parar á manos de don Juan de Austria, que las hizo traducir. Su estilo conservaba todo el tinte y las formas orientales. La de Aben Abóo al de Constantinopla comenzaba: «Loores á Dios del siervo de Dios, que confia en él y se sustenta mediante su esfuerzo y poderio. El que guerra en servicio de Dios, el goberna-

»dor de los creyentes, ensalzador de la ley, abatidor de los hereges descreidos, y aniquilador de los ejércitos que ponen competencia con Dios, que es Muley Abdallah Aben Abóo, ensálcele Dios con ensalzamiento honroso, y hagale señor de notorio estado y señorío. Al que sustenta el alzamiento de Andalucía, á quien Dios ayude y haga victorioso....

ra y por la costa y la ajarquia de Málaga no se hacia con el vigor que por el rio Almanzora, por donde andaba don Juan de Austria. Y bien fuese por convencimiento, bien, como algun autor indica, porque se trataba ya de la liga de los príncipes cristianos contra el Gran turco y se deseaba terminar la guerra de los moriscos para poner á don Juan de Austria al frente de la armada de la confederacion, ello es que se recurrió al sistema de reduccion que tanto se habia criticado en el marqués de Mondejar.

A este fin se pusieron en juego las relaciones que algunos principales caudillos cristianos habian tenido antes con los capitanes moriscos, y en especial las de don Alfonso de Granada Venegas y don Fernando de Barradas con el Habaquí, el general de los moriscos en la parte de Almería (1). Escribiósele al efecto, y le hallaron dispuesto á entrar en tratos de reduccion. Por eso le fué mas fácil al capitan Francisco de Molina, de quien antes hablamos, conferenciar con el Habaquí y acordar con él lo que arriba dejamos referido. Encargóse tambien al licenciado Castillo, que poseia bien el idioma arábigo, escribiese una larga carta en aquella lengua, figurando ser de algun alfaquí que se condolia de los trabajos y de la perdicion

»á nuestro amigo y especial querido nuestro, el señor grande, honrado, generoso, magnífico, adelantado, justo, limosnero y temeroso de Dios.... etc.»

(1) Gerónimo el Malech, que habia sido nombrado general en gefe de aquella tierra, habia muerto de enfermedad.

que esperaba á sus hermanos los moriscos, y les persuadía con abundancia de razones á que volvieran á la obediencia del rey de los cristianos, si querian evitar su total y completa ruina ⁽¹⁾. Un espía llevó ejemplares de esta especie de proclama por los lugares de la Alpujarra, y los iba dejando donde pudieran ser hallados y leídos.

Pero al mismo tiempo se mandó por el rey y se encomendó al presidente Deza de Granada la ejecucion de poca medida que no sin razon se miraba como muy peligrosa, y que con no poca fortuna se llevó á cabo sin empeorar el estado de la guerra y de las negociaciones para la reduccion, á saber, la de sacar del reino é internar en los pueblos de Andalucía y de Castilla á todos los moros de paz, esto es, á aquellos moriscos que no se habian alzado y permanecian en sus casas obedeciendo al rey. El lector juzgará de la justicia de tan dura determinacion en premio de la conducta de aquellos desgraciados, bien que se alegrara para ella que daban avisos á los rebeldes, y que se hacia por su bien y seguridad. Hizose, pues, con los moros de paz (cuya sola denominacion parecia debiera servirles de salvaguardia) de la Vega, de la Alpujarra, de Ronda, de las sierras y rios de Almería, lo mismo que antes se habia hecho con los de Grana-

(1) Mármol copió esta larga carta, que titula *Carta persuasoria*, en su Historia de la Rebelion de los Moriscos, lib. VIII., cap. 40

da; y con sus familias y sus bienes muebles fueron arrancados de sus hogares, y trasladados al interior de Castilla.

Sin perjuicio de los tratos de reduccion, proseguian la guerra con éxito vario, don Juan de Austria por Terque, el rio Almería y los Padules de Andarax; el duque de Sessa por Ujijar, Adra, Castil de Ferro y Verja (abril, 1570), no sin que aquellos influyeran en el ánimo del soldado, de manera que al duque se le desertaban cada dia, y á tal punto, que de los diez mil hombres que tenia en la Alpujarra solo vinieron á quedarle cuatro mil. Y como luego le escribiese don Juan que tenia necesidad de verle para tratar algunas cosas importantes al servicio del rey, juntáronse los dos generales cristianos, primeramente en el cortijo de Leandro, y despues en los Padules, andando de allí adelante el duque de Sessa incorporado á don Juan de Austria. Tampoco cesaron los tratos sobre la reduccion; antes bien don Alonso de Granada Venegas lo propuso por escrito al mismo Aben Abó, el cual en respuesta á su carta, despues de esponer con no poca valentia que la culpa del alzamiento y de los males que se habian seguido no la tenian ni él ni los suyos, sino los agravios intolerables que los cristianos les habian hecho, concluia con decirle que se viese con el Habaquí, que era á quien tenia dada comision para aquellos negocios. En su virtud, acordaron reunirse los principales caudillos de ambas par-

tes, con las seguridades convenientes, en el Fondon de Andarax.

Reunidos en efecto en el Fondon el Habaquí con sus principales capitanes ⁽¹⁾ y los comisarios de don Juan de Austria (13 de mayo, 1570), espuso en tono arrogante el Habaquí que no era posible guardar las pragmáticas reales ni tolerar las injusticias que los habian provocado á la rebelion; que no se habia cumplido con ellos nada de lo que se les ofreció cuando se redujeron al marqués de Mondejar; que si con los moros de paz se hacia la injusticia de llevarlos á Castilla, habiendo sido leales, ¿qué podian esperar los rebeldes? Finalmente que don Juan de Austria nombrára personas de quienes pudieran fiarse que amparáran á los que fueran á reducirse, y que los aseguráran de no recibir daño; que volvieran los internados de Castilla y se les permitiera rescatar sus mugeres é hijos; que se los dejára vivir en el reino de Granada; que se les guardaran las antiguas provisiones; que hubiera un perdon general; que bajo estas condiciones ellos se someterian todos y entregarían los cristianos cautivos que tenian en su poder. Enviada esta relacion á don Juan de Austria, y congregado el consejo, se acordó responder: que ante todo trajesen poder de Aben Abóo, en cuyo nombre

(1) Eran estos, Fernando el Galip, hermano de Aben Abóo; Pedro de Mendoza, el Hoseni; Fernando el Gorri; un hijo de Gerónimo el Malech; Alonso de Velasco, el Granadino; y doce de los principales turcos auxiliares.

se habian de rendir, y con él presentasen un memorial de súplica, pidiendo solamente lo que sabian se les habria de otorgar. Para mas abreviar el negocio se encargó la redaccion del memorial al secretario mismo de don Juan de Austria, Juan de Soto ⁽¹⁾, y llevado al Habaquí, dióeste su conformidad, y prometió volver antes de ocho dias con los poderes de Aben Abóo.

El Habaquí cumplió fielmente su palabra, y el 19 (mayo) estaba ya otra vez en el Fondon de Andarax. Poco faltó para que la imprudencia de un capitán de caballos del duque de Sessa, llamado Pedro de Castro, diera al traste con la negociacion, con una insultante carta que dirigió al Habaquí, y que irritó sobremanera á todos los caudillos moros. Aplacados al fin, aunque con mucho trabajo, por los esfuerzos de los comisionados de don Juan de Austria, se concluyó el negocio de esta manera: Que el Habaquí, á nombre de Aben Abóo y de todos los capitanes moriscos se echaria á los pies de don Juan de Austria, rindiendo las armas y bandera y pidiéndole perdon; y que su Alteza. (que asi le trataban á don Juan) los recibiria en nombre de S. M. y les daria seguro para que no fuesen molestados ni robados, y se les permitiria vivir con sus mugeres é hijos en el reino, escepto en la Alpujarra. Hecho este concierto, pasa-

(1) Habia muerto el secretario este Juan de Soto. Juan de Quiroga, y reemplazádole

ron á los Padules, donde los esperaba don Juan en su tienda, rodeado de sus consejeros y capitanes. Llegó el Habaquí, se apeó de su caballo, y echóse á sus pies diciendo: «Otórguenos V. A. á nombre de »S. M. perdon de nuestras culpas, que conocemos »haber sido graves:» y quitándose la damasquina, se la dió á la mano, y dijo: «Estas armas y bandera »rindo á S. M. en nombre de Aben Abóo y de todos »los alzados cuyos poderes tengo.—Levantáos, le »respondió don Juan de Austria con mucha digni- »dad, y tomad esa arma, y guardadla para servir »con ella á S. M.»—Concluida esta solemne cere- monia con gran regocijo de todos, tratáronse algunos puntos concernientes al total arreglo de los negocios, y á 22 de mayo partió el Habaquí para la Alpujarra á dar cuenta de todo á Aben Abóo (1).

Con esto y con haber vuelto el Habaquí (23 de mayo) á Codbaa de Andarax (donde se había trasladado don Juan de Austria) con el consentimiento de Aben Abóo y de todos los capitanes y soldados moriscos; con haber señalado don Juan los caudillos que en cada distrito ó taha habian de recoger los que fuesen á entregarse, permitiéndoles vivir en los lugares llanos que ellos eligiesen, con tal que no fuese en la sierra; con haber embarcado el Habaquí para Africa los berberiscos y turcos auxiliares, y con

(1) Mármol, Rebelion, lib. IX., Historia de don Juan de Austria, caps. 4.º y 2.º.—Vander Hammen, libro II.

las entradas y correrías que los capitanes cristianos hacian en diferentes partes del reino en busca y como á caza de los pocos que rehusaban acudir á reducirse, parecia que hubiera podido darse por concluida de todo punto la rebelion. Mas no fué así todavía. En primer lugar, el empeño del rey y del Consejo de despoblar el reino granadino de todos los moros de paz, ó sea de los no alzados, incluso los de Ronda, produjo en los moriscos de aquella serranía un levantamiento y una guerra no menos feroz ni menos sangrienta que la de la Alpujarra, que entretuvo y consumió las fuerzas de don Antonio de Luna, de Arévalo de Zuazo, y posteriormente del duque de Arcos, á quien el rey encomendó la reduccion de aquellos serranos, gente de antiguo valerosa, feroz y bravía; guerra que acabó diseminándose por los altos de la sierra los pocos moriscos que pudieron escapar de la persecucion (1).

Por otra parte el reyezuelo Aben Abóo, ó alentado con un refuerzo de turcos y moros que á tal tiempo llegó en unas fustas berberiscas, ó envidioso de el Habaquí por haber éste concluido el negocio de la paz, y quejoso de las pocas ventajas que le parecia haber procurado para su persona, ó por hacérsele duro renunciar al nombre y título de rey, comenzó á mos-

(1) En la relacion de los sucesos de esta guerra de Ronda se detuvo don Diego de Mendoza mas de lo que era de esperar de la brevedad con que trató los de la general de Granada. Puede verse su libro IV. y tambien el IX. y X. de Mármol.

trarse arrepentido de lo capitulado, y so pretesto de que el Habaquí le habia faltado á la lealtad y atendido poco al bien público, mudó de parecer y rehusó la sumision. Noticioso de ello el Habaquí, ofreció á don Juan de Austria y al Consejo que él le haria cumplir lo prometido, ó le traeria atado á su campo. Con este propósito partió con alguna gente en busca del que acababa de ser su rey; mas como éste supiese su intento, se apresuró á enviar contra él los moros de su guardia y los turcos que de nuevo le habian venido: sorprendieronle en el lugar de Bérchul; pudo el Habaquí huir de la casa en que le cercaron, pero encontraronle luego y le cogieron entre unas peñas; lleváronsele á Aben Abó, el cual le hizo ahogar secretamente y le enterró en un muladar, donde estuvo mas de treinta dias sin que se supiese su muerte. Tal fué el desgraciado fin del negociador de la paz de los moriscos.

Con tanta serenidad como abominable doblez y falsia, escribió despues de esto Aben Abó á don Fernando de Barradas y á don Alonso de Granada Venegas, invitándolos á que fuesen á concluir con él, como con un amigo y hermano, la obra de la paz. Y como le preguntasen qué habia hecho de el Habaquí, les respondió que le tenia preso por algunos dias, como á hombre que los habia engañado á todos, que á él le habia encubierto la verdad, y que no habia hecho sino para sí y para sus parientes y amigos; pero

que consolaran á sus hijos, y les dijeran que estaba bueno, y que les daba su palabra de no tratarle mal y de soltarle de allí á pocos dias. Esto escribia el falaz moro cuando ya le tenia enterrado. Y al propio tiempo escribia también á los alcaldes turcos de Argel, dándoles cuenta del suceso, y de haber preso y degollado al Habaquí por traidor que habia vendido los moriscos del reino á los cristianos, y les rogaba le enviáran con urgencia socorros.

Para cerciorarse de las intenciones de Aben Abó y de lo que significaban sus misteriosas cartas, dispuso don Juan de Austria despachar á Hernan Valle de Palacios (30 de julio) para que se viesé con Aben Abó y tratara con él. Recibióle el moro aparentando cierta arrogante dignidad, sin levantarse de un estrado en que se sentaba, rodeado de mugerzuelas que le entretenian tocando la zambra. Despues de haber oido las razones con que el Palacios le exhortaba á someterse, le respondió: «Que Dios y el mundo sabian que los turcos y moros le habian elegido rey sin pretenderlo; que no se opondria á que se redujesen los que quisieran, pero que tuviera entendido don Juan de Austria que él habria de ser el último; que aun cuando quedase solo en la Alpujarra no se daria nunca á merced; que si la necesidad le apretase, se meteria en una cueva que tenia provista de agua y bastimentos para seis años, en cuyo tiempo no le faltaria una barca en que pasar á Berbería.» Con esta

respuesta del contumaz y soberbio moro volvió el mensajero á don Juan de Austria, en ocasion que el rey, viendo la lentitud que habia en la reduccion, habia mandado que se formaran otra vez dos campos y se hiciera de nuevo la guerra, entrando con uno el comendador de Castilla en la Alpujarra, don Juan de Austria y el duque de Sessa con el otro por la parte de Guadix, los cuales se habian de ir á encontrar en medio de las sierras.

Toda vez el artificioso moro intentó engañar á don Juan de Austria, que ya se hallaba en Guadix, con una carta que escribió á Juan Perez de Mescua (agosto) para que la presentara al príncipe, ofreciendo reducirse por intervencion suya, y convidándole á que se viese con él en Lanteyra para tratar de las paces. Pero descubierta por otra carta la falsía del astuto moro, se prosiguió en los preparativos para la nueva guerra con resolucion de emplear el mayor rigor contra los rebeldes pertinaces. Reunió pues el comendador mayor Requesens en Granada cuantas milicias, bagajes, vituallas y municiones pudo; partió para la Alpujarra (setiembre, 1570), distribuyó sus tropas, y ordenó una batida general. Hacíase la guerra á sangre y fuego; destruíanse los mijos, los panizos y todos los sembrados de los moros; degollábase á los hombres que se encontraban, y se cautivaba á las mugeres, que se repartian entre los capitanes y soldados. Tenian los moros el pais ho-

radado de cuevas ocultas entre las breñas y riscos, donde ellos se escondian. En estas cuevas eran óteados por las cuadrillas del comendador y cazados como alimañas en sus madrigueras. Cuando á fuerza de armas no podian rendirlos, arrojaban por la boca cantidad de haces de leña encendidos, para que ó el fuego los abrasára, ó los sofocára el humo. Asi murieron muchos centenares de hombres, mugeres y niños (setiembre y octubre). Millares de moriscas, de viejos y de muchachos fueron cautivados en estas correrías; los soldados los vendian y se aprovechaban de su precio. De los moros que se cogian, los unos eran ahorcados, los otros, por ser ya tantos en número, sufrían la suerte de cautivos, y se vendian en los mercados, siendo su producto para los aprehensores. Y al mismo tiempo el comendador hacia construir multitud de fuertes para asegurar la tierra.

En esto el rey Felipe II. habia dado ya orden á don Juan de Austria (28 de octubre), al priridente de Granada don Pedro de Deza, y al duque de Arcos que habia sometido á los sublevados de Ronda, para que, cada cual por su parte con toda la brevedad y diligencia posible, sacáran del reino de Granada é internáran en Castilla todos los moriscos, asi los de paz como los nuevamente reducidos⁽¹⁾. Esta

(1) Real cédula de Felipe II., 1570. de Madrid, á 28 de octubre de

era su segunda orden, y su última resolución sobre la materia. En su virtud y con acuerdo del Consejo, dió don Juan de Austria las disposiciones oportunas para su ejecución, mandó que se tomasen todos los pasos de las sierras, y ordenó que en un día dado, el 1.º de noviembre, todos los moros del reino hubieran de estar recogidos en las iglesias de los lugares señalados, para llevarlos de allí en escuadras de á mil quinientos y con su escolta correspondiente á los puntos que se los destinaba. Así se ejecutó, con orden y sin dificultad en algunas partes, con excesos y desórdenes en otras, con muertes y asesinatos en algunas, dando lugar en ciertos distritos los desmanes de los soldados y su codicia y maltratamientos á que no pocos se fugáran á lo mas áspero de las breñas ó huyeran á Berbería. Los que se internaban eran entregados por listas nominales á los alcaldes de los pueblos en que habían de residir. De esta manera quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, después de haber costado dos campañas sangrientas el subyugarlos y vencerlos⁽¹⁾.

(1) La distribución que de ellos se hizo, fué la siguiente: los de Granada y su vega, valle de Lecrín, sierra de Bentomiz, ajarquia y hoya de Málaga, y serranías de Ronda y de Málaga, fueron repartidos por las provincias de Extremadura y Galicia: los de Guadix, Baza y río de Almanzora, por la Mancha, Toledo y Castilla

la Vieja, hasta el reino de Leon. Los de Almería y su costa fueron llevados á Sevilla. Se acordó no destinar ningunos ni al reino de Murcia, ni á las cercanías de Valencia, por evitar el peligro del contacto y comunicación con los moriscos naturales de aquellas tierras.—Mármol, Rebelión y Castigo de los moriscos, lib. X., c. 6.

Hecho esto, y dejando guarnecidos los fuertes de la Alpujarra, volvióse el comendador mayor á Granada, y lo mismo hizo don Juan de Austria desde Guadix con el duque de Sessa, siendo recibidos con las mayores demostraciones de júbilo por los tribunales, corporaciones y pueblo. Allí licenciaron y despidieron la gente de guerra de las ciudades, y ordenado lo conveniente para el reemplazo de los presidios durante el invierno y el de las cuadrillas que habían de perseguir á Aben Abó y otros rebeldes, partió don Juan de Austria de la ciudad de Granada para la corte de S. M. (30 de noviembre). Siguióle á poco tiempo el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens, mientras don Fernando Hurtado de Mendoza y el duque de Arcos acababan de exterminar los moriscos dispersos de Ronda, y de la Alpujarra.

Réstanos dar cuenta del fin que tuvo el reyezuelo de montaña Aben Abó, que todavía andaba por lo mas ágrío de la sierra con cuatrocientos hombres que le habían quedado, guareciéndose ya en una ya en otra cueva entre Bérchul y Trevélez. Las personas de quienes mas confianza hacía eran su secretario Bernardino Abu Amer, y un famoso monfi llamado Gonzalo el Xeniz, y estos fueron precisamente los autores de su trágico fin, instigados por un platero, vecino de Granada, nombrado Francisco Barredo. Había el platero comunicado su plan al duque de Arcos

y al presidente y Consejo de Granada y logrado que le ayudasen en él. Mas como el moro que llevaba una carta del presidente para Gonzalo el Xeniz cayera en poder de los secuaces de Aben Abó, por salvar la vida entregó á éste la carta en que se revelaba el proyecto. Tomó entonces Aben Abó una cuadrilla de sus escopeteros, y con ellos partió á media noche á sorprender al Xeniz que se hallaba en la cueva de Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombarón. Entró en ella con solos dos hombres; enseñó los despachos al Xeniz; mostróse éste indignado, diciendo que todo era calumnia y traicion; y cuando Aben Abó salia á llamar á Abu Amer y á los suyos, detuviéronle á la puerta de la cueva seis hombres del Xeniz; llegó éste entonces por detrás, y con la escopeta le dió en la cabeza tan fuerte golpe que le derribó al suelo, y allí le acabaron de matar. Dispersáronse con esto los escopeteros de Aben Abó, y los mas se agregaron despues al Xeniz para gozar del indulto que á él le habia sido ofrecido (marzo, 1571).

Dispúsose conducir á Granada el cadáver del desdichado Aben Abó, y para evitar la putrefaccion se le abrió y rellenó de sal. Entablillado despues por debajo del vestido y colocado derecho y como á caballo sobre una acémila, en términos que semejaba estar vivo, fué llevado á la ciudad, yendo á su derecha el platero Barredo, á su izquierda el Xeniz con la es-

copeta y el alfange de Aben Abó: detrás los moros reducidos con su ropa y bagages, y á sus lados las cuadrillas de gente de guerra de aquellos presidios. Entraron por la ciudad haciendo salvas con sus arcabuces; el pueblo saludó con júbilo aquella procesion burlesca; el Xeniz hizo su acatamiento al duque y al presidente entregándoles las armas de Aben Abó, y el cuerpo de este desgraciado fué arrastrado por las calles, descuartizado despues, y colocada la cabeza en una jaula de hierro fué puesta sobre el arco de la puerta del Rastro que da salida al camino de las Alpujarras ⁽¹⁾.

La tierra se fué poblando de cristianos, al principio con alguna dificultad, pero despues con el aliciente de las haciendas que el rey mandó distribuir y de los privilegios y franquicias que otorgó á los nuevos pobladores, ya no faltaban cristianos que apetecieran ir á morar en el territorio morisco.

Así acabó la guerra de los moriscos de Granada, últimos restos de la dominacion sarracena en aquel reino: guerra sangrienta y feroz, en que musulma-

(1) Pusiéronle un rótulo que decia:

*Esta es la cabeza
Del traïdor de Abenabó.
Nadié la quite
Sopena de muerte.*

Mendoza en el libro IV. y último de la Guerra de Granada, y

Mármol en el X. de la Rebelion y Castigo de los Moriscos, cap. 8, difieren en algunas circunstancias y pormenores de la muerte de Aben Abó, pero están conformes en lo principal del suceso. Hemos seguido á Mármol, que en lo general suele estar mejor informado de estos incidentes, como persona que podía verlos por sí mismo.

nes y cristianos, todos cometían excesos y ejecutaban crueldades horribles, todos hicieron acciones de valor heroico: guerra desigual entre un pueblo de montaña, reducido al recinto estrecho de una provincia española, y el poder de un soberano que dominaba la mitad del mundo: guerra en que los esfuerzos individuales y los arranques de la desesperacion suplieron en el pueblo rebelado la falta de gobierno, de organizacion, de ejército y de leyes: guerra que creemos hubiera podido evitarse con alguna mas prudencia de parte del monarca y de los consejeros españoles, pero necesaria si se atiende al modo con que Felipe II. se propuso establecer la unidad religiosa en el reino: guerra en fin, en que el jóven don Juan de Austria hizo una gloriosa prueba de capitan valeroso y activo, entendido y prudente, y cuyo triunfo, bien que honroso, fué solamente como el anuncio de los laureles que mas en abundancia habia de recoger en otro mas ancho campo en que vamos á verle ahora.

CAPITULO XIII.

DON JUAN DE AUSTRIA.

LEPANTO.

De 1570 á 1574.

Planes del sultan Selim II. sobre la isla de Chipre.—Resuelve su conquista.—Rompe la paz con Venecia.—Prepárase á la guerra la república: busca aliados y pide auxilio.—El papa y el rey de España.—Principio de la liga.—Conferencias en Roma: capítulos.—Guerra de Chipre.—Generales y fuerzas turcas.—Generales y fuerzas venecianas.—Sitio y toma de Nicosia por los turcos.—Escuadra auxiliar de España: Juan Andrea Doria.—Escuadra pontificia: Marco Antonio Colonna.—Disidencias entre los aliados.—Retírase Andrea Doria.—Vuélvese la armada de los confederados.—Realízase la liga cristiana y se jura.—Célebre sitio de Famagusta por los turcos.—Defensa heroica de los venecianos.—Se rinden.—Horribles é inauditas crueldades de Mustafá.—Generales de la armada y ejército de la liga: Generalísimo DON JUAN DE AUSTRIA.—Sale don Juan de Madrid: va á Barcelona, Génova, Nápoles y Messina.—Reunion de la armada de la liga.—Número de naves y hombres.—Parte la armada á Levante.—Armada turca: Pertew-Bajá y Ali-Bajá.—Orden de las dos armadas.—Memorable batalla de LEPANTO.—Pericia y denuedo de don Juan de Austria.—Muerte de Ali-Bajá.—Triunfo glorioso de la liga, y destruccion de la armada turca.—Retirada de los aliados.—Festejos en Venecia, Roma y Madrid.—Escaso fruto que se recogió de la victoria y sus causas.—Repone el turco su armada y vuelve sobre Candia.—Lentitud de los cóligados, y motivos que la